

DISCURSOS C4-9

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON FEDERICO CAMP LLOPIS

EL DÍA 20 DE ABRIL DE 1941



BARCELONA
IMPRESA ALTÉS
1941

Real Acadèmia Bones Lletres



1004369919

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON FEDERICO CAMP LLOPIS

EL DÍA 20 DE ABRIL DE 1941



BARCELONA
IMPRENTA ALTÉS
1941

629438172

EXCMO. SEÑOR,
ILUSTRES SEÑORES,
SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS, SEÑORES:

Llamado al seno de esta Real Academia, me encuentro sobrecogido, no ya por la grata distinción, sino porque no siempre se llega a estos umbrales precedido de un mártir, y tras una conmoción social profundísima, de que nos ha sacado el brazo del Caudillo de España. Sucedo al P. Ignacio Casanovas, sacerdote de la Compañía de Jesús, hombre de letras, filósofo y crítico, y al cumplir la costumbre de dedicar un recuerdo elogioso al antecesor, me siento inclinado a evocar la Invasión napoleónica, la Guerra de la Independencia, ya que el docto Académico estudió los *Ejercicios* de San Ignacio, como obra de aplicación sobrenatural después del desbordamiento que siguió a aquel hecho, y en varios pasajes de sus escritos recuerda la guerra.

El tema elegido muestra, en efecto, lo que aconteció en época ya lejana, y lo que hasta en nuestros propios tiempos ha quedado de resabio de tamaña alteración; asimismo facilita la manera de presentar al P. Casanovas como espíritu penetrante que conoce los males de la sociedad y les señala un remedio. Recordemos que, concluida la Invasión, se vió el estrago que dejaba, no precisamente por la acumulación de ruinas materiales y por el vacío de los hogares, sino por el resultado incoherente de la lucha, que, dirigida a preservar la fe y las tradiciones, degeneró en entrada del exotismo, de la irreligión, con el ataque a la autoridad, con la adopción de ideas, de leyes

y de costumbres inesperadas. Así lo han dicho los autores, desde el P. Antonio M.^a Solá, compañero del P. Casanovas, en su folleto contra las Cortes de Cádiz, que lleva el título de *Un siglo de desdichas*; al discurso que en la *Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*, de la misma ciudad, pronunció D. Augusto Conde Lacave, el 20 febrero de 1939, con el no menos significativo epígrafe de *Por qué perdimos la Guerra de la Independencia*.

Reduciéndonos a Cataluña, el estrago padecido había sido grande; podríamos aducir el testimonio del historiador Barraquer, canónigo de la Catedral de nuestra ciudad, y miembro de esta Academia, pero nos limitaremos a citar un testigo de la época, el Barón de Maldá. Este aristócrata describe el desastre de las costumbres, las diversiones, los atrevimientos; la introducción osada de ideas; las disputas en las familias, en el ejército, en el mismo clero. La sociedad se vió presa de un mal, que necesitaba pronto remedio.

Enlaza este mal con lo que fué sucediendo en seguida, y hemos de hacer notar que por movimientos revolucionarios entendemos, no ya las contiendas a mano armada, sino la infiltración moral.

El invasor no era sólo un conquistador de tierras y ciudades; era un embajador de ideales, un sembrador, según la gráfica frase de Menéndez y Pelayo. A través de la Guerra de la Independencia, pues, jugóse una partida material y espiritual, y lo paradójico del caso fué, que, tras los mayores heroísmos de nuestros abuelos, vino la incoherencia del desentlace, que hizo que los vencedores del gran Corso quedasen vencidos, moralmente, por éste.

El P. Ignacio Casanovas Camprubí, nació en Sampedor, el 13 de agosto de 1872.

En 1899 publicó su primer libro: una acomodación de la Gramática latina del P. Alvarez.

En 1903 se ordenó de presbítero, cantando su primera misa el día de San Ignacio.

En 1921 ingresó en la Academia de Buenas Letras, que hoy le conmemora.

Los escritos del P. Casanovas, libros, folletos, ascienden a noventa, publicados por la Editorial Gili y por la Biblioteca Balmes: estudios sobre la Revelación; el Ideal del sacerdote; la Acción social femenina. Más adelante, sus obras capitales: *San Ignacio de Loyola*, y los *Ejercicios*, once tomos. Luego la

gran figura de *Balmes, vida, tiempo, obras*, tres grandes tomos. Sigue la biografía de *Finestres*, y una glosa de su época, y de la cultura de la misma, con un epistolario exquisito, cosas enteramente nuevas. A parte esta producción copiosa, atildada, ofrecida con primores de impresión y documentos fotográficos, el P. Casanovas pronunció conferencias dignas de recuerdo, como la que en 1932 se escuchó en esta misma Universidad.

El Colegio de la calle de Caspe, el de Sarriá, y otras casas de su Instituto, muchas bibliotecas, así como los despachos de personas eruditas, fueron el escenario donde la actividad del Padre preparaba esos trabajos.

En la época calurosa iba, a veces, a la residencia de sus amigos los Sres. Bach de Portolá, en la alta montaña, cerca del Santuario de Nuestra Señora de la Salud, donde entre agrestes aromas se percibe aún el olor de la pólvora de encuentros entre franceses y guerrilleros, y carlistas y liberales. Allí decía que descansaba, pero sus horas se repartían entre el rezo, el examen de libros y notas, y la composición de las obras en curso, que la imprenta iba dando a conocer. La publicación era seguida siempre por el éxito, sin que la humildad del religioso se resintiera. De este modo se encaminaba a la cumbre del renombre, que tanto atrae; mas Dios le tenía destinado al martirio, suprema corona para un sacerdote. Las obras filosóficas y apologéticas, con ser importantes, no tienen el valor que dentro de nuestro tema representan las consagradas a San Ignacio y a Jaime Balmes. Estas obras reflejan doctrinas y épocas; unas y otras recuerdan el apostolado que la Iglesia desplegó después de la Guerra de la Independencia, y más tarde, mientras las guerras civiles agitaban las malas pasiones nacidas de la Invasión. Los estudios sobre San Ignacio (voluminosos, bellamente impresos), señalan la disciplina moral. Los estudios sobre Balmes, los esfuerzos del genio sacerdotal y de la perspicacia política del hijo de Vich.

Acerca de este punto, nuestro predecesor es explícito; en el Prólogo de esas obras dedicadas a Balmes, manifiesta que lo evoca por amor a España, a la que Balmes quería según las normas del *Criterio*, y de sus artículos sobre *La Sociedad*.

En efecto, se han glosado muchas veces sus escritos sobre religión, sobre la política de su tiempo; sobre los bienes del clero, replicando a la desamortización; sobre Pío IX, replicando a la algarabía promovida en Francia contra este Pontífice. Nuestro egregio Presidente, en un acto celebrado en la

ciudad natal del gran patricio, corroboró muchas de las perspectivas del P. Casanovas, enlazando las enseñanzas balmebianas con el ejemplo de sucesos ocurridos en nuestro país...

En el lúgubre julio de 1936, recién salido de las prensas el penúltimo tomo de la *Correspondencia* de San Ignacio, el P. Casanovas se refugia en casa de una dama piadosa, la señora viuda de Vallet, donde los sicarios lo descubren y detienen; él mismo se dió a conocer como miembro de la expulsada Compañía de Jesús. Su muerte no podía ser dudosa, y fué inmolado el 19 de septiembre. Su cadáver no ha podido todavía ser encontrado. En el seno de Dios goza hoy la bienaventuranza eterna, y contempla la verdad y la belleza, que tantas veces cautivaron su espíritu.

Relaciones entre la Invasión napoleónica y los movimientos revolucionarios de Cataluña.

Al empezar el siglo XIX se produce la invasión de España por los ejércitos napoleónicos, y desde la misma experimentan un cambio las ideas, adquieren un matiz inusitado los usos políticos, y se trastornan las costumbres: Napoleón surge; quiere imponer la Revolución francesa, y, so pretexto de regenerar a España, procura tener partidarios, apelando a maquiavélicos ardides.

Atropéllanse en seguida los acontecimientos. Se da lugar a que se alcen las masas peninsulares, y el pueblo español protesta, ya de las intenciones que revela el emperador de los franceses, ya de la política de Carlos IV; apela a las naciones tradicionalistas, y requiere, en fin, las armas. Pero en medio de este espectáculo, ocurren defecciones, descúbrese el afrancesamiento, y nace el partido que dividirá a nuestros progenitores heroicos.

Invoquemos los autores que henchidos de entusiasmo, venerando santos recuerdos, nos han transmitido la historia de la sociedad, acometida por Napoleón.

La influencia de esta fase no empieza en la agresión por éste dirigida, ni concluye al terminarse; el estudio se debe iniciar antes de la aparición de la figura que lo resume todo, y ha de finalizar ya lejos de ella.

El audaz personaje no presentó al pueblo español sólo los

principios de la Revolución francesa, sino lo que podría llamarse su civilización. El doble juego se reconoce en la Constitución de Bayona, de 6 de julio de 1808; y en la proclama *A los Españoles*.

Esto por lo que atañe a la escena total.

Por lo que respecta a Cataluña, hay que fijarse en maniobras interiores. Napoleón se condujo con arreglo a principios que ya habían acariciado los reyes Luis XIII y Luis XIV, dirigidos por sus respectivos, imponentes, ministros, Richelieu, especialmente, que en su día la Revolución no tuvo empacho en prohijar, y que una Memoria de su agente, el general Dugommier, comandante de las tropas republicanas que operaban en el Rosellón, descubre.

Un investigador moderno, el señor Chuquet, ha tratado el asunto, importante en el estudio de la guerra de España con Napoleón; nosotros, dando por sabido lo que ocurrió, nos colocaremos de un salto en el centro del artificio que excogitó el emperador, y que ofrece dos fases: La política *discrecional*, encomendada a las armas; y la *moderada*, o sea la de intrigas, durante las cuales evolucionan los proyectos sobre nuestros mayores, y éstos experimentan los peligros, y realizan los actos valerosos, que la piedad votiva de las generaciones ha recordado, y a que se ha aludido tantas veces durante nuestra gloriosa Cruzada.

Adelante la guerra, el objetivo del dominador del día se descubre en el procedimiento que adoptó después del Decreto de París, 8 de febrero de 1810, que creaba un gobierno especial, dirigido a obtener la anexión pura y simple al imperio francés entonces en su zénit.

El mariscal Augereau, que acababa de recibir las llaves de Gerona, comunicó al país los designios imperiales, el 20 del mismo mes, dando a conocer la constitución del gobierno dicho, que en efecto, a los pocos días, y con la pompa que describen los historiadores, que no impidió la ocurrencia de incidentes, tenía lugar en Barcelona.

De hecho se introducía en la empresa de España una modificación esencial, que lesionaba la Constitución de Bayona, y desmembraba el territorio. A no tardar surgían una división territorial, y reformas administrativo-jurídicas, puestas en seguida en vigor unas, y reducidas al papel oficial la mayor parte; y asimismo, aparecía el halago insinuante, de mala fe. Éste resalta en la Proclama de Augereau, que se sumó a las manifes-

taciones, en marzo de 1810. Nuestro historiador Bofarull se ríe de esta gesta; no hay duda que se rieron nuestros venerables antepasados, pero envolvía la intriga, pues poniendo en práctica algo de lo que Dugommier había recomendado a la Convención, trataba de soliviantar a los habitantes.

Embocada de esta suerte la política napoleónica, el omnipotente esperó sus efectos. Se puede afirmar que, llevado de su invencible optimismo, creía que luego acabaría todo, rindiéndosele los que le resistían en el antiguo Principado. No salió, sin embargo, el grave negocio, a la medida de sus deseos, pues paralela de esos pasos la acción militar más decidida, degeneró toda la política en situación equívoca. Es cierto que logró formar núcleos de partidarios, iniciando la confusión y la bandería, pero Cataluña fué leal a la nación española; no se necesita decirlo cuando campean en la crónica del tiempo nombres tan indiscutibles como el de la ciudad del Ter (el hecho más brillante de la guerra, en opinión del general Bamús), las dos acciones del Bruch y la sorpresa del Castillo de San Fernando.

La coexistencia de los manejos políticos, con los horrores de una guerra cual la que se hacía, acarreaba resultados opuestos al fin que codiciaba Napoleón; por esto se decidió a echar mano de un régimen moderado, y a gestiones internas, generalmente desapercibidas. Para esto esperó que Tarragona, la última de las plazas que le resistían, cayese en poder de sus generales. Una vez conseguido esto, aguardaría que el terror y los dolores predispusieran a escuchar propuestas.

El 28 de junio de 1811, Tarragona sucumbe. Las tropas regulares españolas hacen un movimiento retrógrado hacia el límite de Lérida y Aragón, cual si abandonasen Cataluña a su suerte. La Junta del Principado, y hasta la intrépida guerrilla, ganan las montañas. El dictador del día cree alcanzado su objeto, y lanza otro Decreto, el de 26 de enero de 1812, que imprime al gobierno establecido dos años atrás una nueva forma: La región ocupada va a dividirse en dos comandancias y cuatro departamentos civiles de forma francesa. Su administración pasará de las manos del jefe del ejército, a las de un gobernador general, que tendrá por auxiliares a prefectos, subprefectos y alcaldes; y por consultores, a los consejos de prefectura. Hombres escogidos, entre ellos el barón De Gerando, que acababa de coadyuvar al gobierno de Roma, usurpada al

Papa; el conde Chauvelin, y otros se apresuraron entonces a venir a Cataluña, iniciando la segunda y última parte del tratamiento, y acaso la más digna de reflexión.

La nueva tentativa debía reforzar los propósitos del emperador, afrancesar progresivamente, promulgando el Código civil, haciendo, en fin, viable la anexión.

Hay que recordar que el rey intruso, al darse cuenta que su imperial hermano trataba de arrebatarle las tierras del Pirineo al Ebro, declaró su disconformidad absoluta, apelando a la antedicha Constitución, y llegando hasta a mostrarse pronto a renunciar la corona. Por su parte la diplomacia, aun aquella que secundaba los designios despóticos, no podía pasar por la desmembración de España; porque la integridad de su territorio era, no sólo una de las condiciones garantizadas a la nueva dinastía, sino cláusula del contrato celebrado en Erfurt, entre Napoleón y el czar de Rusia, al obtener el primero que este autócrata hiciera la vista gorda sobre la guerra, que tras el desaguisado de Bailén, iba a conducir el emperador personalmente. Se le vió, en efecto, pasar como un relámpago por nuestros campos; de Irún a Somosierra, al Guadarrama; a Benavente, para detenerse en Astorga, y regresar a Francia para no volver. La intangibilidad de España era incontrovertible, a la misma se avino Napoleón, mas bajo mano continuó dirigiendo su política en Cataluña, porque, como ha demostrado uno de sus biógrafos, le convenía hacerse con una faja de terreno para completar, del lado ibérico, el cinturón de posiciones que rodearía a Francia, asegurándole de un ataque de sus rivales.

Lo delicado de la situación de Napoleón se acentuaba con el peligro de que nuestros mayores se sintiesen heridos al convertirse en provincia francesa. Pero él descansaba en sus armas. La toma de Tarragona, verdadero luto de Cataluña, le daba una superioridad que nadie podía contrarrestar. No obstante, la solución de los problemas no estaba en nuestra comarca, y debiendo consistir en una victoria general, había que buscarla fuera. Por esto, en la primavera de 1812, el gran capitán fué a pedirla a Rusia, y aquí escapó a sus ávidas manos.

Entre tanto cabe imaginar el estado de nuestro país, de la manera siguiente:

Sus habitantes, aterrados por la guerra, constreñidos por el

invasor, y por los patriotas a la vez, y no muy cuidados por el Gobierno español, que se debatía entre necesidades y apasionamientos, miraba con recelo las medidas de los franceses. Por costoso que resulte confesar esas cosas, parece ajustado a la situación decir que entre 1812 y 1813, los que dominaban el suelo entablaron un contacto. Unos iban a atenuar sus males; otros a procurarse colaboradores, y a hallar la manera de cumplir las consignas venidas de París.

El alcance puede medirse teniendo en cuenta el valor de ciertos apellidos que Gerando consiguió agrupar, y que figuran en la administración de justicia y en la provincial; atendiendo, al mismo tiempo, a unas Memorias redactadas por los prefectos, y fijándose en las represalias que los defensores de la Independencia aplicaban, para responder a las debilidades, o bien a la traición. Es dable conjeturar que una victoria definitiva de Napoleón en el teatro principal europeo, hubiera influido; mas la fortuna del vencedor de tantas veces fué burlada, y su estrella palideció.

Mientras así evolucionaba la carrera del que aun podía tanto, en nuestro destrozado solar se daban prisa sus representantes para afirmar de una vez la organización afrancesada, y para introducirse en la sociedad, y procediendo con doblez, brindaban contradictorias especies. De aquí que acrecentaran las apariencias confusionistas, y mezclaran las severidades con la atracción. Por lo mismo, el conde Decaen mandaba respetar la magistratura y el clero; devolver los cálices y otros objetos sagrados, y hasta autorizaba la magna solemnidad eucarística, la procesión del Corpus.

Es cierto que en los rasgos de la Invasión entra el Código civil, ley de abolengo archirrevolucionario.

En el teatro principal de la Invasión de España era el gobierno del rey Bonaparte el órgano para la innovación, y consta que el Consejo de Castilla fué consultado. Al revés en Cataluña, donde los representantes del dictador prescindían de dicho rey, gobernándose por los úkases que venían de las orillas del Sena, presentando el negocio otro aspecto; pues se quiso promulgar y poner en vigor el Código, una vez la caída de Tarragona daba superioridad completa a las armas agresoras.

El mariscal Augereau había sido investido de poderes adecuados al menester, tan ajeno a su oficio. Sin embargo, para

salir airoso, se puso de acuerdo con ciertos amigos, sobre todo con Tomás de Puig, vecino de Figueras, pero las horas no eran propicias, y el temido oficial no salió de tanteos. Vino el cambio de situación en 1812, e impuestos del mando los funcionarios propiamente dichos, se crearon comisiones para estudiar, traducir e imprimir el Código. El Código no se promulgó en España; y en la región de Cataluña, cayó en olvido.

Considérese que el Código era la niña de los ojos de Bonaparte. Que según expresó en su destierro, lo anteponía a sus triunfos militares, para graduar el valor que le atribuía, y dígame si lo que ocurrió en Cataluña no demuestra el recóndito interés que tenía, que de tal suerte le hacía refrenar sus ímpetus, para mejor enlazar a sus habitantes.

El Código y sus intencionadísimas instituciones, quedarón a la puerta de nuestra perturbada casa, al marcharse chasqueados los invasores. Permaneció, no obstante, un fermento, según acredita el trabajo codificador, que de las Cortes gaditanas llega a la Constitución de 1876, y al Código español de 1889.

Estos caracteres acreditan la profundidad que el tratamiento adoptado por Napoleón alcanzó en Cataluña. Ello mismo prejuzga los vestigios que quedarían para el porvenir.

Pero hay otros pormenores.

En plano de diferente naturaleza, el investigador atisba los influjos de diversiones, moda, trato con gente recién llegada, poder del libro, sociedades secretas.

Aludiremos a ellos. Veremos extenderse las diversiones, y que se emancipan de la moral. Veremos el aluvión de forasteros, con objetivo en la sociedad, por medio de una aproximación.

Aventurado resulta pronunciarse acerca de la misión que pudieran tener esos forasteros. No creemos que nadie aconseje mirar con indiferencia el caso. *Diario de Barcelona*, de la época, estampa sus nombres y sus profesiones. Eran fondistas o vendedores de artículos de comer, caleseros, costureras; pero había profesores de lenguas, de música y pintura, franceses e italianos, pues la Invasión no se componía sólo de franceses, ya que el dueño de Europa trajo en sus mesnadas, gentes de la Península italiana, y hasta de la remota Alemania.

También hubo eclesiásticos, cuya misión escudriña el citado Barraquer.

Echemos una mirada al poder del libro, haciendo observar que si á partir de la Invasión se incrementó su venta, Barcelona tenía ya mucha fama, y lo demuestra Cervantes al describir de graciosa manera la visita de Don Quijote a una de las imprentas de la ciudad.

La Invasión suprimió las dos censuras a que estaba sometida la publicación de obras, y las situaciones liberales posteriores imitaron este criterio.

Pues bien, en el libro de la época domina el elogio tendencioso a la Revolución francesa, á través de la *Vida de Napoleón*, en forma de panegírico.

Los invasores se apoderaron del teatro, moldeándolo a su gusto, y lo vigilan para que no sirva de expansión al patriotismo contenido de los habitantes, pero en lo moral ya no tienen los mismos miramientos.

Las novedades de librería eran para pocos; el teatro, cuyo coste daría risa ahora, no estaba al alcance del bolsillo del barcelonés, sometido a terribles necesidades... Los invasores recurrieron a otros medios, fomentando el Carnaval, e importando con carácter permanente las danzas por parejas, en locales cerrados, los días festivos. Gente amiga del lucro se apoderó de esta distracción, que no desaparecerá ya de las costumbres, diferenciándose del baile del país, impregnado de gusto tradicionalista, como el que se daba en las fiestas religiosas, precediendo ciertas procesiones, como el *Baile de Serrallonga* y otros, y en las festividades patronales.

Hemos pronunciado el nombre de las sociedades secretas. Tampoco hay duda que la Invasión las incrementó.

Existía la Francmasonería, pero los invasores la acrecentaron, siendo precisos los datos dados por Menéndez y Pelayo y otros autores, acerca del papel de José I, de Murat y otros peces gordos en Madrid. De todo se desprende, pues, que en Barcelona abrían sus puertas las consabidas logias. Recordemos lo consignado por Barraquer, por Roure y por Carreras y Candi.

La información francesa, por la pluma de Gastón-Martín, revela que fueron francmasones los conspicuos Augereau y Macdonald, generales del Imperio, gobernadores de Cataluña.

A las fuerzas concitadas que gravitaban en Cataluña invadida, hay que adicionar, aunque cueste, que la defensa de la sociedad no rayó a la altura que debía esperarse, dada la grandeza y trascendencia de la ocasión.

La defensa estaba confiada a la Junta del Principado, constituida, en junio de 1808, y a la Religión. Pues bien; la primera, que adolecía de muchos defectos, echó mano de procedimientos indirectos. La Religión miró con serenidad el panorama. Es que ambas, rebosando sencillez, fiaban en la fe, en la lealtad a los principios básicos. Mas, como afirma el Barón de Maldá, cundió un contagio, y las ocasiones que la guerra ofrecía, eran terreno abonado para la relajación de vínculos y de prácticas religiosas, mientras se multiplicaban los hábitos de blasfemia y de lenocinio.

También se encuentran detalles en Miguel S. Oliver, en Vidal de la Blache, Conard, Desdevizes du Dezert y Geoffroy de Grandmaison. Pero el más franco es el mismo director de todo, que en su ostracismo, llevado de su prurito de hablar y escribir, no rechaza las responsabilidades, antes parece hacer gala de su intervencionismo y de la meta a que se dirigía. Oigámosle un momento. Muchos pasajes se han aducido. Vamos a verlo. Se trata de testimonios entresacados de los volúmenes 30 y 32 de la *Correspondencia*, publicada en 1870 por Napoleón III, a los que adicionaremos un trozo de las *Memorias* del cirujano irlandés O'Meara, que gozó de la confianza del cautivo.

Recordemos que el Tratado de Valençay había puesto fin a la Guerra de la Independencia con la retirada de los franceses y la liberación, comprendida Cataluña. Toda esperanza del bando francés respecto a ésta, volaba en pavesas. Más tarde, consumada la derrota de los ideales napoleónicos, y apartado del mundo el director de todo, intentó justificarse.

He aquí sus palabras:

"España era, hacía mucho tiempo, el objeto de mis meditaciones. Sus costumbres, sus divisiones territoriales, sus viejos usos, la superstición ignorante de la plebe, eran otros tantos obstáculos que precisaba vencer para regenerar la nación española, destinada a ser grande bajo el imperio de las instituciones constitucionales. En la crisis en que se hallaba la Francia; en la lucha de las ideas nuevas; en la gran causa del siglo contra la vieja Europa, no podía dejar España rezagada en la organización social; era necesario, absolutamente, incorporarla, de grado o por fuerza, al movimiento francés."

Es claro.

En 1815, y reflejando la restauración de Fernando VII, y el estado de Europa, escribe:

"España no había firmado las estipulaciones de Viena, y

"hacia grupo aparte. Declaró, a pesar de todo, la guerra a Francia, pero nada podía. El partido afrancesado resultaba dentro de ella cada día más temible; quince mil españoles se encontraban refugiados en Francia, muchos de ellos pertenecientes a las mejores familias. La mayor parte de figuras que se habían hecho una reputación en las guerrillas, todo el partido conocido con el nombre de liberal, solicitaba la protección y el concurso del emperador; habían, en fin, los españoles, abierto los ojos, se arrepentían de una guerra tan empeñada y tan contraria a los verdaderos intereses de la nación española, y parecían decididos a reunirse al partido de los refugiados españoles que se hallaban en Francia, para ponerse de acuerdo, expulsar a Fernando VII y conquistar la libertad. Estábase, por tanto, cierto de una diversión en España (todo estaba dispuesto en Galicia, Cataluña y otras provincias), que nada se tenía que temer de las tropas de Fernando VII. Es probable que si la causa francesa llega a triunfar, el partido de Fernando hubiera sido destruído antes de dos años, y los liberales amos de Madrid."

Prestemos ahora atención a un párrafo de las *Memorias* del facultativo O'Meara. Escribe:

"A la observación que le hice, que la Invasión de España había acabado por ser para él un plan destructivo, respondió: "Si el gobierno que yo establecí hubiera permanecido, no había cosa mejor para España. Yo habría regenerado a los españoles, y hecho con ellos una gran nación. Les habría dado una nueva dinastía, que no hubiera tenido más derechos que los originados en el bien. Los españoles hubieran tenido un monarca capaz de levantar la nación, humillada bajo el yugo de la superstición y la ignorancia. Acaso ha sido mejor para Francia que el plan no haya prevalecido, pues España se hubiera podido convertir en una peligrosa rival..."

AFRANCESADOS

Es un rasgo de reflexión en un estudio. Por lo tanto, perfilamos un poco más, llamando la atención sobre los partidarios de la dominación napoleónica, y su entronque con el porvenir.

No abundaban en Cataluña los devotos de Francia, tipo evocado por el P. Isla, Jovellanos y otros, en aquel tiempo, y modernamente por el P. Coloma, en *Retratos de Antaño*. Eran

menos aún los que, admitidos en los llamados cenáculos, podían ufanarse con la amistad de algún corifeo del mundo literario. Los casos del Conde de Perelada, del Dr. Gimbernat y algún otro, confirman la regla. Esto no quiere decir que en el Principado no se estuviese al corriente del movimiento que andaba trastornando al mundo; algunos hombres leían lo que en París se publicaba, y *La Enciclopedia* se descubría en más de una biblioteca, según comprueba su presencia en la del Dr. Dou, que, pocos días antes de la Revolución roja, se podía ver, depositada en nuestro Seminario.

La manera de enjuiciar este aspecto es la siguiente: Barcelona, el Principado, aunque en contacto por la geografía con Francia, y en intercambio con la misma, encontrábanse moralmente distanciados. En la época de que tratamos, sin embargo, se había observado el hecho de que, al producirse el choque entre España y la República francesa, y luego con el Imperio napoleónico, apareciesen los afrancesados.

Las investigaciones no han dado un fruto positivo; de todas maneras, es cierto que hubo partidarios de lo que representaba Francia, los cuales procedían ya de escuelas y universidades francesas, ya de simple relación, o de deseos de figurar, o de proporcionarse riquezas. Dejamos al margen aquellos que ayudaron al agresor en sus más negras maquinaciones, procesos y muertes, secuestros de bienes, y otros ajetreos que prolija nos recuerda la historia... Pues si en los albores de la victoria de la Independencia, esos hombres chocaron con los que habían permanecido leales a su patria, no tardaron en conseguir indulgencia, olvido, en convivir, y hasta desempeñar cargos, y el mismo Fernando VII no tardó en amnistiarlos. Esto liga con el porvenir, al recoger la herencia del afrancesamiento los liberales.

Lo más justo es considerar cómo estos hombres, y los de las filas más bajas, siguieron en el cauce en que se habían metido, defendiendo los cánones revolucionarios a través del siglo, y sirviendo de enlace entre la generación que se encontró con los invasores y las sucesivas. Los unos en la esfera de las ideas, enarbolando los principios constitucionalistas; los otros practicando las vías de hecho, incluso hasta llegar a la matanza, prolongaron los crímenes de la Revolución francesa.

Se habían retirado las huestes napoleónicas en 1814, pero la caída de los Borbones de Francia, en 1830, dió la victoria

a los liberales de este país, y precipitó el nuestro en una serie de acontecimientos.

Pues bien, al hacer el balance del período, el canónigo Barraquer, honra de esta Academia, establece el ligamen entre sus actores y los antiguos agentes de la Invasión. Cuando se ocupa de los ataques a la Iglesia, señala personas, por ejemplo el llamado Raull, servidor de los intrusos, como tal expulsado durante la Restauración fernandina, que a la sombra del indulto vuelve. El señor Carreras y Candi, Presidente que fué de nuestra Corporación, en unos artículos publicados en *La Vanguardia*, puntualiza la conducta de este individuo; dice que fundó la Sociedad de *Los Buenos Amigos* (probablemente masónica), y que dirigió el semanario *El Defensor de la Libertad*.

Los acontecimientos confirman a ambos historiadores, pudiéndose aún añadir otros nombres, alguno de los cuales recuerda el proceso de los *Mártires de la Ciudadela*.

Desarrollándose el siglo, y con él el antagonismo entre los grupos en que se dividía en mal hora Cataluña, estas notas se amplían en cuantas obras se han ocupado de lo que sucedió después de la Guerra de la Independencia. Sin que las medidas de Fernando VII, a quien apoyaba la Santa Alianza, tengan efectividad, se suceden las revueltas y van amenazándose los principios. No tardan en ser acometidos ya los sacerdotes, y en 1822 caen el obispo de Vich, Strauch, y las víctimas llamadas de los *Tres rours*. El año 1835 tiene lugar el gran pecado colectivo, la quema de los conventos, en que Poblet es expoliado.

Y esto es poco si se recapacita acerca del trabajo interno.

En el aspecto inductivo, se ha de hablar de la prensa y del libro, y de incentivos de otra clase.

Subrayaremos que en 1835, el impresor Oliva de Barcelona, traduce al español el *Memorial de Santa Elena*. Que en 1839, su colega Verdaguer, publica su *Historia de Napoleón*, que provocó la réplica de un veterano de la Independencia, D. Fortián José Pous. Que en 1845, otro editor, Sauri, produce el *Tratado de educación de las niñas*, por la señora Campan, asistente de Napoleón. Que de la misma época son, una traducción de *Ideas Napoleónicas*, apología del primer imperio; y la novela de Aragó, *José Pujol (a) Boquica, jefe de bandidos*, que

pretende idealizar las inhumanas gestas de este afrancesado de acción.

No denunciamos los libros que exponían las legendarias campañas, sino los tendenciosos.

Pero más que al texto, en que hay que añadir la novela exótica, casi siempre licenciosa, el periodismo refleja la lejana Revolución.

En efecto, lo que se escribió a partir del triunfo liberal de 1820, después del Convenio de Vergara, y más adelante, sobrepaja al mayor libertinaje. Imitando los periódicos de la Revolución, se atacan los principios, se denigran y calumnian las autoridades, y se usa y abusa de la caricatura y la chocarrería.

Por este tiempo la moda había evolucionado, sobre todo en el dominio femenino. Siguiendo el curso de la Invasión, que abolió las prendas españolas, trayendo el sombrero de copa a lo Goya y después a lo Bolívar, y el chaleco de Robespierre nada menos; las señoras se muestran esclavas de la moda ultrapirenaica, aquella que, venida a la cola de los regimientos del Imperio, desafiará las variaciones de la ideología y del gobierno, triunfando de absolutistas y liberales con su aguja y su figurín.

En los movimientos de Cataluña se sigue la dirección de los partidos españoles; donde se traza una diferencia, es en la intervención de los obreros en las agitaciones.

Siendo considerable su número por la variación que el progreso y la maquinaria producen, tras la Guerra de la Independencia, y mostrándose los mismos resentidos por las diferencias de fortuna, y alejados del templo, se comprende que los dirigentes del combate contra la fe los aprovechasen. El hecho es que se les ve figurar con furor, al lado de los pronunciados, de los incendiarios, de la Milicia nacional, y de cuantos cubrieron las innumerables barricadas de tantos motines. Hace pensar esto en la preparación inteligente, y que persistía, fuesen cuales fuesen las circunstancias, y no hay duda que existió, y fué impulsada por las logias, ya impresa, ya oral, didáctica y de proselitismo.

El tipo es el casino menestral, la escuela dominguera (las más veces laica); la sociedad coral y filantrópica. Existe en las bibliotecas un largo reguero de folletos que no nos dejará mentir, y un autor conocido, magnate liberal de fecunda pluma, al describir los alborotos del reinado de Isabel II, copia las

canciones de uno de los precursores del republicanismo federal, y de otros, al compás de las descargas. Pues en sus estrofas se respira el entusiasmo por la Revolución tantas veces traída aquí al debate. Se observa esto, además, en hombres públicos, como Castelar, que tuvo tantos admiradores entre los radicales catalanes; y si los federales echaban pestes contra el tirano Napoleón, en cambio se hacen lenguas de los lemas, de los símbolos e insignias revolucionarias, y mencionaban las figuras francesas de 1789 y de 1830.

Arturo Masriera, que perteneció a esta Academia, crítico acerado pero circunspecto, en su obra *Barcelona isabelina y revolucionaria*, completa la materia de ese autor (que no es otro que Víctor Balaguer), hablando de lo que sucedió en nuestra capital y en otras regiones en el decenio de 1860-1870. Los notables fragmentos de biografías que expone, revelan la relación de los corifeos con la ideología revolucionaria francesa, ya por transmisión de antiguos afrancesados, ya por la propaganda de los que vivían acogidos en la nación vecina, como Baldrich, el general Pierrad, y otros, que metieron mucho ruido

Los ministros de Fernando VII, de la reina gobernadora Cristina, y los de Isabel II, asistieron impotentes, si no coadyuvaron, a todo esto que estamos recordando; sin embargo, y en medio de claudicaciones numerosas, de la misma manera que en la nación vecina destrozada por las iras sectarias, los Vendeanos realistas y creyentes, lidiaron por los principios inmutables, en España, y particularmente en el sector de Cataluña, se manifestaron rasgos parecidos, dignos de todo aplauso, que concuerdan con todo lo que los caballeros del derecho cristiano hicieron entonces. Si antes, en 1816, empezó una campaña de apostolado, que los estudios de nuestro antecesor enaltecen, andando el tiempo, en medio de las variaciones políticas, obsérvase una tesis correlativa. Los PP. jesuitas predicaban, resonando aquí y allá su voz inspirada, y descollando varones dignos de recuerdo. Otros religiosos y eclesiásticos seculares les ayudan, y la historia del valiente P. Claret, hoy glorificado en los altares, nos sirve de comprobación... Muchos de esos misioneros padecieron persecuciones; otros, después de trabajar, volvían al retiro, y su nombre se ha olvidado, mientras ha sobresalido el de gárrulos diputados y escritores. Mas lo que perjudicó esta campaña de rescate, fué la política

de los partidos liberales, que, obedeciendo a consignas, hacían que se vejase a los sacerdotes, ya condenando a salir de España a determinadas órdenes religiosas y apoderándose de sus bienes, ya inventando sospechas que justificaban trabas a la predicación y al libro de polémica de principios.

En un estudio de generalidades no es dable entrar en el fondo recóndito de las cosas, escudriñando las gradaciones en virtud de las cuales se fué descendiendo, hasta perder la fe de nuestros mayores, hasta repudiar sus honorables costumbres. Si la entraña familiar se conserva manteniéndose el nivel de la procreación, y siendo pocos los que se divorciaban; si el templo se llena de fieles, hay también datos para sostener que se hizo gala de despreocupación en materia de desamortización; que se dejaban de pagar los diezmos y primicias; que la confesión tiende a disminuir a partir de 1814; que el afán de divertirse, aun contra los preceptos de la Iglesia y de la moral, gana terreno sobre los hábitos antiguos...

Todo se encaminaba al punto de convergencia suspirado por los fautores de la Revolución española; por una serie de hechos que no hemos de analizar, fué el vuelco de septiembre de 1868, suceso político-militar y moral a la vez, lo que sancionó todo cuanto, heredado de la Invasión fugaz, no había podido desarrollarse por un resto de vergüenza pública. La Revolución septembrina, en efecto, sacia las aspiraciones de todos los conjurados. Por esto se derriba el trono, se rompe con Roma, se conturba el estadio de las leyes, se deja suelta la inmoralidad. Los triunfantes hombres públicos, los diputados aquellos que confeccionaron la Constitución del año 1869, más que los descamisados de las barricadas, eran dignos sucesores de los convencionales del 1789, que podían cantar la *Carmañola* y esgrimir las picas de las furias. Esta Constitución llegaba ya a lo que no se atrevieron ni la de Cádiz, ni las sucesivas. Por este tiempo, y bajo auspicios graves, queda fundada la Institución Libre de Enseñanza. Contemplando el desbordamiento y sus consecuencias, se podrá objetar que Napoleón no hubiera querido los desmanes. Está bien; sabemos que el personaje, desde su juventud, no podía sufrir la demagogia, y que su reforma de la sociedad se basaba en la disciplina, sostenida por el ejército; pero es también cierto que, al intervenir en España, optó con imprudencia por sem-

brar semillas equívocas, y se dió el caso de que, el que había domado la fiera en su casa, la lanzó suelta a la ajena. No comprendió a los españoles, desdeñó su historia; o apasionado contra Inglaterra, que había acudido a la Península, sólo se preocupó de vencer a ésta. De todas maneras, los autores ponderan su nerviosismo, y un escritor moderno, Bainville, escribe que las primeras grandes preocupaciones del emperador surgieron en España. La primera nube, dice, venía de España.

Así, pues, las relaciones entre la Invasión y los movimientos de España, y en nuestro caso de Cataluña, son históricas, y ya sean públicas como la política, ya sutiles, secretas, como el ataque a la fe y a las costumbres, manifiestan una crudeza, un realismo, una ejemplaridad, que puede compararse a las causas que convirtieron la gran nación francesa, llena de santos, en que tuvieron lugar tantos prodigios religiosos, en teatro de inolvidables desastrosos.

Tocando a cosas flagrantes, la labor crítica confirmará que la evolución que se dibuja a partir del año que concluyó la lucha napoleónica, lleva en sí algo de la Cataluña moderna, la que llega hasta los magnos desastrosos.

La visión que hemos procurado poner a los ojos del observador, confirma la desnaturalización de una sociedad. Al detenerse el contemplador, podría valerse del apóstrofe del patriota romano, y reclamar la restitución de la raza en que nació. Con todo, no es tiempo de lamentarse; a la crítica hay que agradecer la visión de los daños para conseguir el remedio. Mientras confiando en Dios y en el Caudillo, estamos seguros de los destinos de la comunidad hispana; mientras proponemos no caer dos veces en los mismos errores, urjamos la revisión histórica de la Guerra de la Independencia: ella podrá darnos la clave de las faltas de unos y de los merecimientos de otros. Ella podrá enfervorizarnos en el amor a la verdadera España.

HE DICHO

CONTESTACION

DE

D. FERNANDO VALLS Y TABERNER

EXCMO. SEÑOR,
SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS, SEÑORES:

Ingresa el nuevo Académico en nuestra Corporación dos veces centenaria, presentando en su haber una serie interesante de publicaciones históricas y poseyendo un conjunto de merecimientos tales, que, a pesar de su inalterable modestia, dan realce, así en el campo de la erudición, como en el de la ciudadanía, a su digna personalidad y a su labor cuantitativa y cualitativamente apreciable. Entra en nuestro cenáculo literario, cuando con pie seguro todavía y conservando su vigor físico y espiritual, lleva ya dados algunos pasos en el sendero declinante de la vida, cargado con su bagaje de fatigas y tribulaciones, de las que no ha estado exento ciertamente durante la última gran tragedia nacional, y respecto a las cuales su reciedumbre cristiana le ha dado fuerzas para sobrellevar. Llega a formar parte de nuestra comunidad académica con un nombre claro y una historia limpia, habiendo demostrado ampliamente una vocación inequívoca por los estudios de su especialidad, y habiendo, además, alcanzado en ellos indiscutible y bien cimentada reputación, que ha trascendido incluso al extranjero.

No es, pues, un principiante ni un improvisado en el orden de la investigación histórica; ni carece tampoco de aquella otra ciencia que no se aprende propiamente en los libros y documentos, sino que sólo con el curso de los años logran adquirir aquellos mortales que, con temperamento y formación adecuada y con disposición de espíritu propicia, pueden per-

cibir y aprovechar las lecciones que la vida misma y el espectáculo de mundo ofrecen sin cesar. Viene, por tanto, a sentarse entre nosotros en plena madurez, y en condiciones de poder aportar a la Academia la cooperación valiosa de su ilustración, de su experiencia y de su sano y ponderado criterio.

La vacante que desde este momento llena el señor Camp Llopis en nuestra Corporación, es la que dejó el insigne Padre Ignacio Casanovas, S. J., al caer víctima de los enemigos de la Religión y de la Patria. Nuestro nuevo compañero acaba de manifestar los sentimientos de preocupación y de respeto profundos que le inspira el hecho de entrar a suceder a una personalidad tan eminente y veneranda, que a su gran prestigio intelectual y moral pudo agregar la inmarcesible gloria del martirio. Esclarecido predecesor, en verdad, el gran balmesiano y destacado humanista e historiador de nuestra cultura, que fué a la vez apologista notable y agudo sociólogo. A la memoria respetable del egregio jesuíta, cuya semblanza acaba de delinear con buenos rasgos el recipiendario, quiero yo tributar también mi homenaje más sentido, dedicándole un recuerdo de admiración, de reverencia y de afecto cordialísimos.

Pero no ha sido debido en manera alguna a mero capricho de la suerte el que al señor Camp Llopis haya correspondido la sucesión del P. Casanovas dentro de nuestra congregación. La Academia le eligió deliberadamente para este puesto teniendo en cuenta que con los estudios históricos relativos a nuestros siglos XVIII y XIX, en los que tanto se distinguió el P. Casanovas, enlazan singularmente y de modo oportuno los trabajos de erudición relativos a la época napoleónica, peculiares del novel académico.

La vocación del señor Camp hacía semejantes estudios se manifestó ya en su época escolar, y su primer ensayo de este género fué un artículo que publicó en 1901, en una revista universitaria de la Facultad de Derecho, al tiempo de cursar el recipiendario los estudios de la misma. En 1913 publicó su primer libro, *Psicología de Napoleón*, en el que estudió la figura moral del gran Corso, tan compleja y extraordinaria. Al 1917 corresponde su trabajo: *Introducción al estudio de la Invasión napoleónica en Cataluña*, y entre los años 1918-23, fué dando a conocer en artículos sucesivos que aparecieron en el *Diario de Barcelona* y en la *Revista jurídica de Cataluña*, diversos aspectos de la *Historia jurídica de la Guerra de la*

Independencia. El libro que en 1920 publicó bajo el título de *Contribución al estudio de la administración de Barcelona por los franceses*, constituye una exposición crítica, basada no sólo en una copiosa bibliografía, sino también en documentos del Archivo Municipal, tan ricos en noticias, como son los *Legajos de reclamaciones* que corresponden al expediente iniciado, poco después de la retirada de los franceses, por orden del Capitán General de Cataluña, para obtener la indemnización ofrecida por el gobierno de Luis XVIII a tenor de los tratados que le devolvieron el trono. Entre este libro y el de 1913 es ya notoria la diferencia. El señor Camp se ha ido convirtiendo de apasionado lector de la literatura impresa relativa a Bonaparte, en estudioso anotador de las obras más notables y coleccionista de libros y estampas napoleónicas, y, por fin, en un investigador de archivos que logra encontrar datos inéditos y sabe combinarlos, produciendo monografías de contenido original y de primera mano. Además, el asunto de cada uno de sus trabajos, desde 1917, ha venido siendo concreto y específico, refiriéndose predominantemente a determinados aspectos de la actuación napoleónica, y con preferencia a temas españoles de aquellos tiempos críticos, singularmente en su matiz local catalán, pero sin perder nunca de vista el cuadro general y la actuación del personaje, y sin recatarse de expresar una opinión personal, que rectifica con frecuencia suposiciones infundadas de algunos cultivadores de la historia regional, demostrando así, no sólo un conocimiento de la historia napoleónica, sino también un recto y equilibrado criterio. Razón tuvo el gran napoleonista, M. Frederic Masson, miembro de la Academia francesa, cuando con motivo de la publicación, en 1921, de otro notable estudio del señor Camp Llopis, sobre *Napoleón y el Mundo* (1), dijo que en este libro había hecho el autor obra de pensador y de historiador, que había sabido redactarlo según la dirección personal de su espíritu, con vigor e imparcialidad poco comunes, reveladores de un estudio profundo e imparcial de Napoleón y de su obra, y que había logrado resumir y condensar con mucho talento una historia tan complicada que con dificultad habían podido los mejores autores sacar de ella la verdadera interpretación.

El indicado libro *Napoleón y el Mundo* fué publicado con ocasión del centenario de la muerte de Napoleón, y en él

(1) *Napoleó i el Món.* (*Enciclopèdia Catalana*, Barcelona, 1921. En 12.º)

expuso el señor Camp las diversas orientaciones que en el estudio de la biografía y de la política napoleónicas representaron ciertos escritores relevantes como Thiers y Taine, respectivamente, panegirista el uno, detractor el otro, del que fué Emperador famoso de los franceses, y luego, a tenor del cambio de circunstancias y del ambiente, ya más alejado de la vida del personaje, una tendencia más objetiva y científica, lo que no quiere decir fría y desanimada, pues no hay en el fondo nadie que pueda sustraerse al sentimiento de admiración por el gran César, independientemente de la simpatía o antipatía que su figura y su actuación puedan a cada uno merecer.

Una frase que me parece un atisbo perspicaz, consignada por el señor Camp, en su citado trabajo impreso en 1921, he de subrayar especialmente, y es la que, aludiendo a la fascinación ejercida en el mundo por el recuerdo de Napoleón, y la atracción consiguiente de su monumento funerario en los Inválidos, concluía: *Quién sabe las vicisitudes que esperan al pueblo francés. Pero una cosa hay de cierto: si ha de salvarse, ha de ser por el espíritu de sacrificio y por las virtudes militares. Pues bien: Napoleón es espejo de virtudes y de sacrificio patriótico, y el lugar desde donde predica estas dos condiciones nacionales, es el de su tumba.*

Esto decía nuestro nuevo compañero de Academia en 1921, reciente todavía la apoteosis del triunfo de las Potencias aliadas representado por el Tratado de Versalles, que con beato optimismo por parte de las mismas, establecía un nuevo mapa político de Europa, destinado a cimentar, según creían, la hegemonía anglo-francesa para tiempo indefinido.

Dada su cultura jurídica y el conocimiento práctico de la vida del Derecho como abogado, no es de extrañar que uno de los mejores trabajos del señor Camp sea el que en 1926 publicó en el *Anuario de historia del Derecho español*, acerca de *El Derecho en Cataluña de 1808 a 1814*. Por su rigor metódico, por la selecta información, conocimiento de las fuentes manuscritas en que está basado, por el certero y patriótico criterio que lo inspira y por la competencia jurídica que revela, esta monografía se destaca entre las más notables y poco comunes en relación con el asunto de la misma, que se refiere a la historia interna de la dominación napoleónica, menos conocida generalmente que la de las campañas militares. Tam-

bién es interesante el trabajo que en 1930 publicó el señor Camp, con el título de *Itinerario general de la Invasión Napoleónica en Cataluña*, en el que se estudia, no sólo el paso material de los ejércitos imperiales, sino también el camino moral de las corrientes ideológicas revolucionarias, las vías de penetración en el ambiente de la sociedad española de entonces, de nuevas tendencias y costumbres que habían de contribuir a la desnaturalización y decadencia espiritual de la misma, tema que enlaza con el notable discurso que acabáis de oír.

Otros artículos y folletos, publicados aquí y allá por el señor Camp, podría enumerar aún, si no temiera ser demasiado prolijo y minucioso: básteme hacer una alusión a los trabajos publicados en 1933 y en 1935, acerca de *El Hecho Mariano y la Invasión Napoleónica*, y *El Hecho Eucarístico y la Invasión Napoleónica*, en Cataluña; y referirme, finalmente, a los capítulos relativos al reinado de Luis XVI y la Revolución francesa, y a la época del Consulado y del Imperio, cuya redacción le fué encomendada en 1933 por el Instituto Gallach en su importante *Historia Universal*, y que se recomiendan muy especialmente, porque constituyen una excelente y atractiva exposición sintética de aquellos períodos agitados y densos de la Historia del Mundo. Porque el señor Camp Llopis no es de los que se limitan al estudio de una individualidad histórica, por extraordinaria que ésta sea, y reducen su curiosidad intelectual y sus conocimientos a un cúmulo de detalles, episodios y anécdotas del mismo sin alcanzar una amplitud de visión ni percibir una vasta perspectiva, sino que su campo de estudio y de lectura se ha extendido a toda la época en que aquella figura histórica brilló como astro de primera magnitud y que a su vez influyó indiscutiblemente en la formación y trayectoria del propio personaje. De este modo se ha elevado el señor Camp a la observación de un panorama histórico dilatado y complejo, y ha sabido relacionar y combinar en su mente los acontecimientos principales de la respectiva época de tal forma que ha llegado a obtener la comprensión fundamental de la misma en lo que tiene de esencial y característico.

Ajeno a las banderías políticas y manteniéndose siempre al margen de la agitación y encono de las luchas partidistas, el señor Camp no dejó sin embargo de intervenir en la vida pública cuando en 1923 le requirió la Autoridad para que coadyuvase a la administración de Barcelona, bajo la presidencia

de aquel patriota ilustre que fué D. Fernando Álvarez de la Campa. De su paso por la Tenencia de Alcaldía de Cultura ha quedado un grato recuerdo.

Confieso que constituye hoy para mí una verdadera satisfacción el dar la bienvenida al recipiendario, honrándome en dirigirle en nombre de la Academia el más afectuoso saludo de confraternidad al efectuar el ingreso en la misma, con lo cual no sólo doy cumplimiento a lo que exigen de consuno la cortesía y la tradición corporativa, sino que respondo al mismo tiempo a mis particulares sentimientos de simpatía y de amistad cordial que de antiguo me unen con el nuevo Académico, de cuya participación en las tareas colectivas esperamos los mejores resultados en beneficio de la cultura histórica y para contribuir, dentro de nuestra esfera de acción, a ensalzar con devoción y fervor la honra y la gloria de España.

HE DICHO